

---

## MISION DE MARÍA.

---

### DISCURSO II.

*Ipsa conteret caput tuum.*  
Ella misma quebrantará tu cabeza.  
(GEN. III, v. 13.)

Al hablaros ayer, hermanos míos, del misterio de la Predestinacion de la Santísima Virgen, me propuse hablar, como sabeis, del lugar que la augusta María ocupó en toda la eternidad en la mente de Dios, y del excelso rango que el Hacedor supremo la señaló en la jerarquía de los seres criados. Despues de indicar la predestinacion de María en la eternidad, corresponde que os exponga hoy su mision en el tiempo. Me lisonjeo de que las consideraciones que voy á proponeros, presentándoos á la Santísima Virgen bajo un punto de vista más cercano á nosotros, y, por consiguiente, más práctico, os la descubran con rasgos no ménos importantes, pero mucho más agradables y afectuosos.

Considerar la mision de María en el tiempo, es echar una rápida mirada al conjunto de gracias, de virtudes, de dolores y de sacrificios que distinguieron la vida de la Virgen. La instruccion, pues, que vais á oír, es una especie de programa compendiado de todas las instrucciones que pienso dirigiros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

El género humano compone una gran familia, que vá cumpliendo, al través de las edades, su misterioso destino, bajo la direccion y auxilios de la divina Providencia. La familia humana, considerado bajo un solo golpe de vista el conjunto de sus destinos, se nos presenta en tres condiciones diferentes, que corresponden á su origen, á sus progresos y á su fin. Vémosla al principio en el Paraíso terre-

nal, colocada por Dios en un estado dichoso, en el momento de la creacion, rica de todos los dones de la gracia y de todas las ventajas de la naturaleza. Luego aparece desterrada á este valle de lágrimas, dominada desde léjos por el monte Calvario, por el monte sangriento de las expiaciones, donde se ofrece un sacrificio de infinito precio, y á donde acuden á presenciario de rodillas todos los individuos de la familia humana, postrándose por turno, con la congoja del arrepentimiento y de la contricion. A lo último vemos el Cielo que se abre delante del humano linaje, mostrando el seno del mismo Dios, en que se ha de cumplir la última fase de sus destinos en la eterna gloria. El género humano, perdido por el pecado, redimido por el sacrificio, y trasfigurado en la bienaventuranza eterna; el Paraíso, el Calvario y el Cielo son los tres términos de la existencia y condicion de la familia humana.

Si examinamos desde luego la humanidad en el paraíso terrenal, no descubrimos más que tristes caidas, en razon á que las delicias que nuestros primeros padres disfrutaron por algunos días, desaparecen en el recuerdo de la espantosa catástrofe que siguió á su desobediencia; catástrofe de cuyas resultas, caido el primer hombre de la magnífica situacion en que Dios le colocara, y despojado de los dones de la gracia, no tuvo en adelante que trasmitir á su desventurada posteridad sinó un patrimonio de dolores, de miseria, de enfermedades y de muerte. Es necesario insistir en esta primera caida. Cualquiera que desee conocer completamente la religion, debe considerar dos solas épocas en el curso de los siglos, á saber: el Paraíso y el Calvario, la época de la caida y la de la redencion. Tiene que conocer dos hombres: el primer Adán, desterrado del Paraíso, y el nuevo Adán, sacrificado en el Calvario. Tiene que conocer dos mujeres: Eva y María. De ahí la caida de la primera mujer, porque es para nosotros, no solo la clave de los principales misterios de la religion, sinó tambien, y sobre todo, en lo que nos concierne, la explicacion de los destinos misteriosos de María. Contemplad, pues, á esa primera familia, origen de nuestra existencia y de nuestra desgracia. Observadla junto al árbol de la ciencia del bien y del mal, y vereis al primer hombre arrastrado por una funesta complacencia; y á la primera mujer embriagada por el fatal orgullo de saborear á su placer el fruto prohibido, que el enemigo de la raza humana le presenta con la mentida promesa de una elevacion que la igualaria con Dios. La mujer ha de llamar especialmente nuestra atencion, á causa de que, si tuvo la mayor y principal parte en la caida del

género humano, la ha tenido tambien, como vais á ver, mucho más grande en su redencion.

La primera Eva, en los tres estados que pueden caracterizar la vida de la mujer, viene á personificar todas las rebeliones y todos los castigos. Virgen, esposa y madre, abre á los piés de la humanidad el abismo en que cayó. Siendo vírgen, en vez de rechazar con santo horror los pérfidos consejos de desobediencia que le dá el demonio, departe mano á mano con él, concediéndole una funesta confianza; de manera, que al recordar la prohibicion de Dios, únicamente la cita con vacilacion y duda. Dudar á la vista del tentador, hacer memoria de la prohibicion, teniendo imprudentemente fijos los ojos en el fruto prohibido, es como acordarse de ella para quebrantarla; es empeñarse en pasar de la duda á la flaqueza, y de la flaqueza á la caída. Eva, pues, debía sucumbir, y sucumbió. Como esposa, emplea su influjo sobre el marido para asociarle á su desobediencia y luego á su desgracia. Más adelante, Eva dá al mundo hijos marcados con la maldicion, poniendo al género humano en un camino sembrado de escollos que termina en un abismo. Observad tambien á la primera mujer de pié ante el árbol de la ciencia del bien y del mal, entre el demonio, que procura perderla con sus pérfidas insinuaciones, y el hombre, á quien ella pierde con sus persuasivas instancias: de pié, ébria de presuncion y de orgullo; de pié, desafiando al Cielo, á la justicia de Dios, y sacrificando los bienes presentes y los futuros á la satisfaccion de la más funesta vanidad. Tal es la mujer, cuando indócil y rebelde á Dios, se extasia ante las seducciones de la tierra, buscando la dicha en la independenciam. En estas condiciones será siempre la mujer lo que fué la primera: el principio de las caidas del hombre y la causa de su ruina.

Separémonos del Paraíso terrenal, cubierto ya con un ancho velo de luto, y cerrado en adelante á los hombres, teniendo guardada su puerta por la espada del querubin; y atravesando siglos, recorramos la distancia de cuatro mil años. Hemos llegado á la cima del Calvario. ¡Gran Dios! tambien aquí encuentro á la familia humana; tambien descubro en lo alto del sagrado monte á la humanidad; pero ¡en cuán diferente estado! ¿Qué misterio de expiacion es este? ¿Por qué este doloroso quebranto? ¿Para qué este cruel sacrificio? Al través de las tinieblas que envuelven al mundo, al resplandor siniestro que brilla en la naturaleza afligida, distingo un árbol plantado en la cúspide del Calvario, y junto á este nuevo árbol diviso tambien una mujer en pié, en actitud de valerosa resignacion. Si; veo á una mujer

en pié, y en sus facciones no sé que indefinible combinacion de dolor y de fortaleza. Fija en mí la vista, y con un silencio mil veces más elocuente que lo sería la palabra, parece decirme: Contempla en este árbol de dolores, en este árbol de la crucifixion, al Dios por quien todo fué hecho. Mira como busca en la pena y en el amor, la verdad y la vida que se perdieron en el Paraíso terrenal por una triste desobediencia. Observa como vá entrando poco á poco en las agonias de la muerte; como sondea todas sus profundidades; como recorre todos sus abismos, para arrancarla la vida y la gracia que nos arrebató por el pecado del primer hombre. Contempla este terrible duelo entre Dios y el demonio, entre el Cielo y el Infierno, entre la inocencia y el pecado; y como un Dios se halla en la necesidad de padecer y sacrificarse para cumplir, por medio del sacrificio y la expiacion, lo que se habría realizado entre delicias en el Paraíso terrenal, por medio de la obediencia, de la fidelidad y de la union eterna del hombre con su Dios. Yo soy quien ofrece este sacrificio; yo quien ha inmolado sobre el altar la víctima; yo cargué sobre sus hombros el pesado madero que sirve de ara; yo le he seguido en la muerte, como le seguí en la vida: porque la víctima es mi Hijo. Pero, si mi corazon maternal está traspasado por la espada del dolor; si un océano de desconsuelo cubre mi alma; si he apurado hasta las heces el cáliz de amarguras rebotante de hiel y ajeno; si no hay, en una palabra, dolor en el mundo semejante á mi dolor no por eso me ha faltado resolucion y energía, porque Él me ha dado ánimo, me fortalece y sostiene; que si es Hijo mio, tambien es mi Dios.

Ved ahí la mision de María; ved la mujer nueva de pié junto á la cruz, así como la mujer de los primeros tiempos estaba igualmente al pié del árbol de la ciencia del bien y del mal. Ved el Calvario y el Paraíso, los dos extremos de todas las cosas humanas: en el Paraíso terrenal los goces, en el Calvario el dolor; allí el egoismo, aquí la caridad. Puesto que el hombre había renunciado su título de pontífice de Dios, y renegado de su obediencia y fidelidad propias de su sacerdocio, necesitábase que un sacerdote y una víctima, tomados en el órden de la eternidad, viniesen á reparar el desórden operado por el hombre en el tiempo. Esto hizo Jesucristo, siendo en el Calvario víctima y sacerdote. Esto hizo tambien María, siendo en el Calvario sacerdote y víctima como su Hijo. No es otro el rasgo principal de su mision en el tiempo. Sacerdote del sacrificio de la expiacion es María, ofreciendo este sacrificio: y tambien es víctima, uniendo sus dolores á los dolores de su Hijo. Encerremos en pocas palabras las

mision de María: vino al mundo para ser Madre de Dios, y, en consecuencia, para ofrecer á su Hijo en holocausto para la salvacion de la humanidad. Por eso los padres de la Iglesia, dando á María un titulo que no conviene rigurosamente más que á nuestro Señor Jesucristo, considerado como Redentor, han llamado á la Santísima Virgen Co-redentora de los hombres.

Examinemos ahora, amados hermanos, algo detenidamente los principales caracteres de esta mision. Quienes quiera que seamos, todos los individuos de la sociedad en sus diversas categorias, desde la más elevada hasta la más humilde, desde la más brillante hasta la más oscura, todos hemos venido al mundo para cumplir la mision especial que Dios nos ha encargado, y que debemos desempeñar por deber, con la virtud, con el dolor y el sacrificio; mision á que está ligada, ordinariamente, no solo nuestra salvacion, sino la de gran número de personas. Nadie hay en el mundo, ninguna criatura humana existe en la tierra, á quien no pueda aplicarse aquellas formidables palabras que el santo anciano Simeon pronunció hablando de Dios niño: «Este ha sido criado para salud ó ruina de muchos.» Cuando uno se pierde, nunca se pierde solo; así como cuando se salva, nunca se salva solo. Quienes quiera que seamos, repito, tenemos que cumplir una mision, de la cual depende nuestra salvacion y la de aquellos con quienes estamos relacionados; y respecto de los que Dios destinó á grandes hechos sociales, la salvacion tal vez de la patria y de la sociedad. Toda mision, por más humilde ó gloriosa que la supongais, se compone de tres términos diferentes: la gracia, la prueba y el sacrificio. La gracia nos dispone á cumplirla bien: la prueba en que Dios nos coloca descubre nuestra esforzada fidelidad, ó nuestra cobarde desobediencia; el sacrificio, ora háyamos sido fieles, ora desobedientes, el sacrificio, repito, el dolor, la muerte, es lo que siempre nos aguarda como último término de nuestra mision; pues nadie hay en la tierra que, de grado ó por fuerza, no tenga que subir al Calvario con su cruz á cuestras hasta llegar á la cima, para inmolarse allí á ejemplo de Jesucristo.

La gracia prepara nuestra mision. Por eso los primeros años de la vida son todos de gracias, de luz, inocencia, pureza, virtud y bienestar. La mañana de la vida es pura como la mañana del día, llena de encantos, de gracias y armonía. ¡Oh mañana de la vida! ¡Oh primeros años de la infancia y de la juventud! ¡Qué recuerdos tan deliciosos dejais en nuestro corazon! Fragantes aromas de los días pasados, ninguno de nosotros deja de buscar vuestra última huella en su

alma. Despues vienen los días de prueba, y, por último, los del sacrificio. Tal es el destino de toda criatura en el mundo, y el de todo el género humano. Tal fué el destino de María. Nada diré del cúmulo de gracias con que Dios la enriqueció: nunca jamás se ha visto en un grado más eminente y maravilloso el concierto de la gracia, y de la criatura que la fecundiza con su cooperacion, que el que se vió en María. La gracia la llenó con todos sus dones; pero tambien la Santísima Virgen correspondió á ella con la más esforzada fidelidad, mostrándose fuerte en la prueba.

¡Prueba! ¡Oh! ¿quién de nosotros deja de atravesar ese terrible período? ¿Quién de nosotros no ha tenido que pasar por los peligrosos dolores de la iniciacion? Ya sabeis cuál fué la prueba á que fué sometida la primera mujer: Eva sucumbió á la tentacion de igualarse á Dios, por un sentimiento de presuncion y orgullo. Háblala dicho Dios, y atended á esto; había dicho Dios á Eva: «Si comes del fruto de este árbol, morirás.» La mujer repitió esta orden en los términos siguientes: Dios nos ha prohibido comer del fruto de este árbol, no sea que muramos. El demonio, á su vez, dijo: Si comes del fruto de este árbol, de ningun modo morirás. Dios afirma, la mujer duda, el demonio niega. Notad, que el que duda y vacila, se acerca más al que niega, que al que afirma. La mujer abandona á Dios para seguir los consejos del demonio, y sucumbe; de ahí la caida con todas sus consecuencias. Veamos ahora á María en la prueba. Baja el arcángel del Cielo y anuncia á la Virgen que será Madre de Dios; y María, en los primeros instantes en que pudo tomar estas palabras como de tentacion, no duda bajo ningun concepto; contesta terminantemente, que «no», sin vacilar. El Arcángel replica entónces, que viene de parte de Dios, y que es necesario cumplir su voluntad. Conociendo la voluntad de Dios, María tampoco duda, sino que responde: «Su sierva soy; esclava soy del Señor.» De este modo, sea que Dios la llame, sea que la llamen de otro lado, María no se atiende sino á solo su deber, á la obediencia, á la humildad, á la virtud. No fluctúa, no vacila un solo instante; obedece, cree, y se somete: «Soy esclava del Señor.» Ahora bien; ved ahí la prueba que sufrimos durante nuestra vida. Estamos constantemente colocados entre la palabra que afirma y manda, y la tentacion que duda y niega. En nuestra vacilacion y debilidad, con sobrada frecuencia nos dejamos llevar de la palabra de la tentacion. Nos hallamos entre la religion que manda, y el mundo que atrae; entre la Iglesia que prueba, y la incredulidad que blasfema; y nosotros, débiles, cobardes, inciertos, nos dejamos llevar,

cerrando los ojos, de la palabra que tienta. En el fondo de nosotros mismos percibimos esas dos voces; la voz que afirma, que es la de la conciencia alumbrada por Dios; y la voz que niega, que es la de las pasiones, la de los malos instintos. Vacilantes, pasamos de la fluctuación á la duda, y de ésta, muchas veces, á la flaqueza, cayendo, por último, en la perdición. María no dió lugar á este resultado, porque no lo dió á la duda, respondiendo inmediatamente: Soy la esclava del Señor. ¿Y nosotros? Dios nos llama, y dudamos; el mundo y el demonio nos atraen, y tambien dudamos. María contestó resueltamente: Lo que me dices no puede ser. Ved ahí la fortaleza, el valor y la fidelidad en la prueba. No necesito añadir más.

El tercer término de toda mision es el sacrificio. Todos, repito, tenemos que ofrecer un día nuestro sacrificio. Puédesse comparar la vida con un solo día, puro y sereno por la mañana, nublado y tempestuoso al medio día, profundamente oscuro ó incomparablemente sereno por la tarde. Lo mismo sucede en la vida: la mañana está consagrada por la gracia; la edad madura tiene pruebas tempestuosas al medio día; y el aspecto de la tarde pende de nuestro valor ó cobardía en la prueba, de nuestra obediencia ó de nuestro orgullo. Pero la tarde es siempre la hora del sacrificio, el cual principia con el dolor, y acaba con la muerte. María ofreció este doloroso sacrificio. Siendo Madre de Dios, debía ofrecer á su Hijo, objeto de su amor, en quien había colocado toda su maternal complacencia. Siendo Madre de Dios, tenía que ser Madre de los hombres, sacrificando á su querido Hijo en la cima del Calvario. Era preciso; Dios, que se había asociado á María en su paternidad respecto á su divino Hijo, concediéndola el privilegio de darle vida en el tiempo, al modo que Él se la había dado en la eternidad, quería asociarse tambien á María en su paternidad de adopción. Era menester, por consiguiente, que María Santísima se asociara al amor del Altísimo; y como este amor del Altísimo había sido bastante generoso, para sacrificar al Hijo único, era necesario que María tuviera el valor de sacrificarlo tambien. Esta consideración me pone en el caso de decir, que lo que en las demás madres constituye el gozo, la satisfacción, la complacencia y la felicidad, era cabalmente lo que causaba el más cruel de sus dolores, puesto que en el divino Niño, en el Hijo tan querido, veía continuamente la víctima que iba creciendo para el sacrificio. Representaos á esta terrible y desconsolada Madre, en los primeros años de la infancia de Jesús, demandando al Padre Eterno valor y fuerza para sacrificarle un día al Hijo de sus entrañas. ¡Oh! ¡qué de dolorosos insomnios, qué

de angustias, qué de cuidados no atormentarían á la tierna madre! Paréceme ver algunas veces á María, durante la noche, arrodillada junto á la cuna de su divino Hijo, mientras que el Niño dormía el tranquilo sueño de la primera edad; paréceme, digo, que estoy escuchando las exclamaciones de tristes plegarias: Angeles, diría, que veláis en derredor de la cuna del niño Dios; subid á la próxima colina, cortad el cedro, el olivo y el ciprés de que un día ha de ser fabricada la cruz, ara donde ha de ser sacrificado. Tejedle la corona de espinas que crecen en las orillas del Cedron. Segad la caña que se doblega al viento, y colocad sobre esta cuna el lúgubre signo de la soberanía del dolor. ¡Y tú, amado Hijo de mis entrañas, oh Niño, cuyas voces escucho, cuyas lágrimas veo correr! oh tierna víctima! crece para el sacrificio que te aguarda.

Así oraba María, junto á la cuna de su Hijo. Su vida no fué otra cosa que un martirio prolongado; un interminable padecer, bebiendo la amargura á largos sorbos en el cáliz de la expiación. No de otra suerte aquella Mujer, que se alimentaba de lágrimas, que vivía de amarguras, pudo fortalecerse para mostrar valor en el monte del sacrificio, el día en que tuvo que ofrecerlo en expiación sangrienta de los pecados del mundo. Ved á la amotinada muchedumbre llevar como arrastrando al Hijo de María, en medio de ultrajes y de insultos; ved como se levanta la cruz en la cumbre del ensangrentado monte, y como la víctima es clavada en ella, sufriendo nuevas llagas, elevándose, por fin, entre la tierra y el cielo. Escuchad las blasfemias y maldiciones que se dejan oír; observad como el sol se eclipsa ocultando su esplendor, y como la tierra oscila, y las rocas se hienden, y los sepulcros se abren en medio de la desolación.... Solo María permanece fuerte, valerosa, inmóvil y en pié. Túrbase la naturaleza, todo se trastorna, la multitud de espectadores se dispersa tumultuosamente; y María se mantiene en pié. María, animosa y fuerte en la resignación, padece mucho, pero sin quejarse; María es fuerte en su dolor, como resignada en el esfuerzo. Hasta la víctima, la víctima divina y santa, parece, por un momento, revolveirse excitada por los tormentos de la agonía, cuando deja oír esta suprema queja: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado?» Solo María aparece tranquila y en pié. Animosa, aunque con el corazón desgarrado, levanta las manos al cielo; con sereno rostro, con el alma sumergida en un océano de desconsuelo; pero no anegada por las olas de la tribulación que la oprime; permanece en pié. Sigámosla ahora, desde el Calvario al sepulcro, del sepulcro al Cenáculo, del Cenáculo

á su retiro, desde el retiro á su lecho de muerte; sigámosla, y en todas partes la veremos humilde, modesta, valerosa, callada, resignada, cumpliendo hasta el fin con serenidad constante su alta mision. En todos los estados en que se ha visto, vírgen, esposa y madre, observareis la personificacion viva de todas las gracias, de todas las virtudes, de todos los sacrificios. Cuando vírgen, la vereis retirarse á la sombra del Templo del Señor, vivir en la oscuridad, en el silencio, en el trabajo, apartada de las sendas impuras de la tierra, y hablando con el Cielo. Cuando esposa, la vereis elevarse á esta eminente dignidad por la más generosa abnegacion. Cuando madre, Madre de Jesucristo y de los hombres, veréisla sacrificar su vida, su Hijo y todos sus afectos con el más doloroso de todos los sacrificios. Tal fué el destino de María. No quiero alargar más esta instruccion; pero permitidme deducir algunas consecuencias prácticas de las verdades que acabo de exponer, á fin de que podais aplicar á vosotros mismos lo que solo de paso llevo indicado.

La hora de la prueba se reproduce frecuentemente para nosotros, desde que la gracia rodeó nuestra cuna. No habiendo tenido como María el privilegio de una concepcion inmaculada, y sí, por el contrario, venido al mundo manchados con el pecado original, fuimos regenerados en el bautismo, gozando en el seno de la Iglesia de una concepcion purísima. Lo mismo que á María, se nos mantuvo con la misma sustancia de la verdad; fuimos conducidos como María al Templo, digámoslo así, desde la niñez, para recibir nuestra educacion á la sombra del tabernáculo del Altísimo; se nos alimenta con el pan de vida, comunicándonos el mismo Jesucristo nuestro Señor. Bajo este concepto, hemos tenido privilegios iguales á los de María, y las mismas gracias que distinguieron la primera parte de su vida. Tened presente que no es mia esta doctrina, sino de un santo padre de la Iglesia. Tenemos las mismas pruebas, los mismos deberes, segun las condiciones de cada cual; pues bien, seamos fuertes y animosos en la prueba y no vacilemos nunca. Solo una duda nos es lícita, porque nos acerca á Dios, y es: aquella de que nacen el temor y la inquietud, por donde empiezan la sabiduria y la modesta confianza. Permitidme que os cite un ejemplo. El Evangelio nos habla de una pobre mujer, que se había mezclado con la multitud que seguía á Jesucristo para escuchar con santa avidez su divina palabra. Esta mujer, aquejada hacia mucho tiempo de una incómoda y peligrosa enfermedad, encontróse de repente en una ansiedad grande. Las oleadas de la gente la empujaban de manera que no podía acer-

arse al Salvador, si bien por un sentimiento de respetuoso temor tampoco se atrevía á llegar muy cerca de Él. En esto notó que unos afirmaban y otros negaban, viéndose, cuando ménos presumía, en la hora de la prueba, como nos sucede á todos cuando oímos, que de una parte se afirma positivamente, y de otra se niega con atrevimiento. Era, pues, una hora de tentacion para la mujer de quien hablamos, aquella en que oía asegurar á unos, que Jesús era hijo de David y el esperado Mesías, miéntras otros negaban, diciendo que Jesús era cómplice de Satanás, y que si obraba milagros, no lo debía á otra virtud que á la de un agente del demonio. La mujer, aunque llevada acá y allá por los que bendecian y por los que maldecian, puesta entre la afirmacion y la negacion, entre la fé y la incredulidad, de ningun modo dudaba respecto al juicio que debía formar de Jesús. Toda su perplejidad nacía de la confianza y del deseo. Decía para sí: Si yo pudiera acercarme bastante á él, y tocar solamente la orla de su vestido, indudablemente quedaría sana. En medio del temor se sintió dominada de improviso por la confianza, y aproximándose á Jesucristo, toca la orilla inferior de su manto. Paróse el Señor, y dijo á sus discípulos: «Alguno me ha tocado.— ¡Alguno decís, Maestro! ¿Qué tiene de extraño que os toquen, no uno, sino muchos, apiñada como está en derredor vuestro la muchedumbre?—No me entendeis: vuelvo á decir que alguno me ha tocado.» El Salvador quería significar que alguno le había tocado con fé, con honda conviccion, y despues de vencer las resistencias que se le oponían para aproximarse á Jesús. La pobre mujer, temblando, decía: «Yo fui, Señor, la que tuve la temeridad de tocar vuestro manto; pero lo hice con confianza, creyendo curar de la dolencia que padezco.» El divino Salvador entónces, dirigiéndola una ternísima mirada, contestó: «Anda, sana estás; tu fé te ha devuelto la salud.»

Ahora bien; contra la negacion atrevida, contra la tentacion seductora, contra la duda engañosa, levantemos la voz sin temor. Acordémonos de que la fé ha de salvarnos, y por lo mismo, de que jamás hemos de dudar. No vacilemos, no; mantengámonos firmes durante la prueba: en esto está para nosotros el secreto de ser fuertes en el dolor y heróicos en el sacrificio; y despues de imitar la virtud de María en el cumplimiento de su mision en la tierra, tendremos la dicha de participar de su gloria en el Cielo.